

Hablé con nuestros colegas argentinos sobre las dificultades más arduas que encuentran en sus trabajos, y muchos se refirieron a las de la información bibliográfica. Es bien sabido que en un grado universitario, la existencia de un fondo bibliográfico amplio y accesible resulta necesario tanto para asegurar la calidad de la enseñanza como para poder iniciar los trabajos de investigación. Esto requiere una biblioteca que no siempre existe en la Universidad, y convierte entonces la investigación en una aventura personal, no siempre al alcance de todos. De ahí que me admirase el tesón de los profesores que logran trabajar con buenos resultados. Pienso que en este sentido la cooperación que podría establecerse desde España con los profesores argentinos (y creo que cabe decir otro tanto de otros países de Hispanoamérica, que no conozco personalmente) sería la edición de un boletín que informase sobre las recientes publicaciones, libros y artículos de revista, y que publicase en cada número un artículo básico que pusiese al día un asunto determinado de la investigación literaria. Y sobre todo, y en esto estaban todos de acuerdo, que se estableciese un medio por el que los profesores argentinos o las bibliotecas recibiesen los materiales concretos de trabajo (sobre todo, artículos determinados), que pudieran pagar a un precio asequible, con facilidad y que les llegasen sin demoras. Intensificar el intercambio entre las publicaciones argentinas y las españolas fue otro deseo general que se me formuló, pues de esta manera podría evitarse el peligro del aislamiento y la falta del contraste y crítica, y así no se daría en peligrosos narcisismos. Y en un sentido inverso, la publicación de un Boletín argentino de información, además de su conveniencia como órgano de los profesores argentinos, nos serviría para conocer los trabajos últimos aparecidos allí para que fueran tenidos en cuenta e incorporados prontamente al caudal bibliográfico de los estudios sobre literatura española.

Esta es la información recogida y que creo conveniente que se conozca pues representa una manifestación más del Hispanismo en el sentido amplio con que lo entendemos y que en este caso tiene tan hondas raíces como fue el Instituto de Filología en Buenos Aires, ligado a la memoria de Amado Alonso, cuya escuela produjo un renacimiento de los estudios hispánicos en aquella nación. La relación entre los profesores argentinos y los españoles puede ser beneficiosa para unos y otros, y ésa fue la lección que, además del objetivo concreto del Congreso que aquí comento, recibí de esta visita a Bahía Blanca. En la amplitud geográfica de la República Argentina, las universidades de Bahía Blanca y las otras de las provincias (como la de Mendoza, que también visité) van a la par que los grandes centros de Buenos Aires, la desmesurada y atrayente capital de la nación, en este propósito de renovación universitaria que movió la convocatoria del I Congreso Argentino de Hispanistas.

Francisco López Estrada

Autoritarismo presidencial y peticionarismo ciudadano

La inspiración es sospechosa de libertad; la poesía es un poco extra-legal. Hay pues un arte oficial, hijo de la crítica oficial.

Victor Hugo

1

Si alguna vez alguien creyó que la crítica, para ser crítica, tenía que ser necesariamente de izquierdas, ese alguien se equivocó rotundamente. Esta equivocación es evidente sobre todo en los tiempos que corren. Es decir, ahora que algunas izquierdas, prepotentes más que autoritarias, se han puesto a gobernar en países donde hacía ya tiempo que no gobernaban.

Entregados al ejercicio del poder y del presupuesto, los críticos de antaño abandonaron fácilmente las viejas tareas occidentales de la reflexión y de la crítica y crearon un vacío que las derechas, desacostumbradas al uso de la inteligencia, nunca han sabido colmar. La parálisis intelectual fue evidente en Francia al día siguiente del triunfo electoral de François Mitterrand. Sólo unos cuantos reticentes a la tentación presupuestal mantuvieron viva la pasión crítica de Occidente. Y esto aun cuando los antiguos y los modernos medios de circulación de las ideas se mostraron recelosos con ellos.

En México la crítica y la circulación de las ideas han trazado curiosos itinerarios. A veces se iniciaron al margen de los fondos públicos, pero no menos veces acabaron en ellos y aun con ellos. En otras ocasiones, que son quizá las más frecuentes, nacieron a la sombra de las secretarías de Estado, debido en buena medida a que la iniciativa privada carecía de iniciativas para financiar las ideas y más aún la crítica.

El muralismo mexicano se hizo con los recursos y en las paredes de las secretarías de Estado. Los poetas publicaron en las revistas del Estado y algunos de ellos llegaron a ocupar altos cargos en el gobierno. Los músicos han sobrevivido con los recursos del Estado. Las novelas de la revolución las auspició el Estado. La danza ha sido la danza del Estado. La filosofía de lo mexicano es la filosofía del Estado. El indigenismo es un tema y una máscara del Estado. Evidentemente es difícil escapar al Estado en un país donde, a fin de cuentas, es casi el único que invierte en algunas ideas o, más en general, en cultura.

Por todo lo anterior es notable la trayectoria de un poeta que abandonó la diplomacia por el ejercicio de su pasión crítica. En 1968 Octavio Paz renunció a su cargo de embajador de México en la India en un acto de protesta por la matanza de Tlatelolco.

Más tarde creó una revista, *Plural*, de la que fue despojado cuando el ex presidente Luis Echeverría propició un «golpe de Estado» en el interior del diario *Excelsior* que la patrocinaba. Finalmente el poeta creó otra revista, *Vuelta*, que es hoy uno de los raros espacios privilegiados para el ejercicio de la crítica y la circulación de las ideas.

En un ambiente cultural tan marcadamente estatalista como el mexicano destaca, es obvio, la independencia de Paz. Pero no es menos notable la figura de otro poeta y ensayista mexicano que nunca ha figurado en los presupuestos del Estado: Gabriel Zaid.

2

Totalmente al margen de cualquier extravagancia ideológica, Zaid inició en *Plural* y después ha continuado en *Vuelta* una crítica viva, ingeniosa, inteligente e irónica de la pirámide burocrática del poder en México.

Buena parte de esta crítica se publicó en un libro que lleva por título *El progreso improductivo*. Otra dosis de esta crítica ha sido reunida ahora en un libro que, por otra parte, constituye un acontecimiento editorial en México, pues es el primero de una de las tres colecciones con las que se inicia la editorial *Vuelta*.

El título del libro, *La economía presidencial*, es significativo y revelador. Muestra a la cúspide de la pirámide centralista del poder político en el ejercicio autoritario de una actividad económica que se esfuerza por engullir a cualquier otra actividad. Pero sobre todo designa a la economía como el coto de caza exclusivo del poder político del Uno: el presidente.

Al igual que las ideas y la cultura, la actividad económica se revela en México como un dominio casi exclusivo del presidente. Las causas de esta situación hunden sus raíces en la historia del país, pero la historia no agota sus posibles explicaciones. Antes también, pero sobre todo en su libro más reciente Zaid se da a la tarea de ponerlas de relieve mediante una crítica de la acción y de la inacción de los gobernantes y de los gobernados durante los últimos doce años.

En 1975 México progresaba, o al menos así lo parecía a muchos de los expertos y de los inexpertos que le apostaban al progreso, pero que no fueron capaces de darse cuenta de que ese progreso era altamente improductivo —como lo advirtió Zaid— y que inevitablemente iba a llevar al país a la ruina, como ocurrió.

Pero ¿qué quiere decir Zaid cuando habla de progreso improductivo, o de ese progresar sin producir que condujo a México al desastre actual?

Zaid es muy preciso al respecto. Sin necesidad de remontarse al pasado remoto demuestra que, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, los recursos económicos de México se someten progresivamente a los deseos, gustos o simples caprichos de un solo individuo: el presidente. Este hecho está en el origen de muchas catástrofes y es, a la vez, el resultado de las tristes bodas del poder político premoderno con la industria moderna.

En México el Estado fue el patrocinador de la industria moderna. Su patrocinio lo hizo de la única manera que podía hacerlo, como lo había hecho siempre: con su pre-

moderna pompa cortesana, desde las vertiginosas alturas del centralismo y fundado en su irrenunciable vocación patrimonialista.

En 1968 este «modelo» (al que Zaid llama con humor y con razón tibetano) de progreso entró en una fase de crisis que aconsejaba la búsqueda de otras posibilidades. Pero la prepotencia centralista decidió continuar por el camino del crecimiento subsidiado y la impunidad de los funcionarios. Era preciso, en aquel momento, disminuir las prerrogativas premodernas de los políticos profesionales, y éstos hicieron lo contrario: las agigantaron. Desde entonces la crisis no ha hecho otra cosa que profundizarse. El resultado ha sido, a fin de cuentas, un vasto complejo industriopolítico manejado desde la presidencia de la República, que ha hecho de la ciudad de México una especie de *company town* y de las provincias países bananeros.

3

No desde el cielo de la teoría, sino frente a la materialidad de los hechos Zaid cuestiona, con argumentos, una economía presidencial que, ciertamente, no es la antesala del apocalipsis, pero que tampoco podrá ser eterna.

Doce años son muchos para seguir paso a paso el derrotero del progreso improductivo en México y, sin embargo, Zaid lo hace, minuciosamente, a través de ese laberinto mexicano al que él mismo denomina Kafkatlán.

Tras muchos años de estabilidad monetaria la inflación fue una sorpresa. Nada parecía indicar que fuera posible y lo fue. Sus causas han sido muchas, pero una de las más singulares es, a juicio de Zaid, la inflación verbal del presidente renovador Luis Echeverría. A diferencia de su antecesor (Gustavo Díaz Ordaz), Echeverría decidió no apaleaer estudiantes prioritariamente. Decidió, en cambio, encauzarlos mediante una apertura democrática. La apertura no fue muy abierta y menos aún democrática, pero sí muy costosa para la economía del país, dado que en lo sucesivo económicamente todo dependería de los caprichos del presidente. Así, esto que a muchos les pareció en México el principio de una nueva era (algo así como la transición posfranquista) se convirtió en el principio del fin. Hasta entonces el presidencialismo había sido ante todo militar, diplomático y político. En lo sucesivo iba a ser por sobre todas las cosas económico, y de esta manera la modernización del país se aplazaría una vez más.

Convertido en jefe del gobierno, el jefe del Estado hizo una reforma política sin hacerla, invirtió por invertir en elefantes blancos, con préstamos blandos que a la postre se endurecerían y mantuvo artificialmente una paridad monetaria tan dispareja que, poco tiempo después, haría sucumbir al peso.

Al concluir el gobierno de Luis Echeverría parecía que el estado de cosas iba a cambiar, pero sólo lo pareció. A la inflación verbal la sucedió la compulsión apostadora. José López Portillo fue el ejemplo típico del déspota ilustrado capaz de las peores aberraciones premodernas. Convirtió al país en su feudo y se entregó al más voraz patrimonialismo. Y todo esto bajo el signo de una prosperidad tan artificiosa como inescrutable que acostumbró a buena parte de sus súbditos a gastar más mientras más ingresaba y a endeudarse cuando, proporcionalmente, empezó a ingresar menos.

Muy pronto José López Portillo creyó que había ganado su apuesta y que el país,